

## LA FORÇA TRANSFORMADORA I REVOLUCIONÀRIA DE L'ENCONTRE AMB DÉU

**Félix Placer Ugarte**

Professor en la Facultat de Teologia de  
Vitoria-Gasteiz

Bon dia, amics i amigues. En primer lloc la meua felicitació i de les comunitats de base d'Euskal Herria per les dues dècades d'existència del Fòrum "Cristianisme i món d'avui", signe de la vitalitat de la Església en València, Oriola-Alacant, Sogorb-Castelló i Tortosa, del vostre testimoni eclesial i compromís solidari en el País Valencià per una societat fraternal, per la vostra trajectòria en la búsqueda i construcció d'un món diferent de justícia i de pau, des de la perspectiva del Regne de Déu en l'atenció crítica als signes del temps per poder acompanyar profèticament i fraternalment, les persones i pobles que més pateixen en les seues angoixes i esperances.

I, no cal dir-ho, el meu especial agraïment per la vostra invitació a participar en la celebració "vint anys de fòrum: agraïment i compromís" i poder raonar i intercanviar les nostres experiències de fe amb vosaltres en un clima d'amistat i alegria, i celebrar la salvació de l'encontre amb Déu des de la vida i per la vida.

Hablar del encuentro con Dios sólo puede hacerse desde una actitud de diálogo e intercomunicación, desde la experiencia de la vida de cada uno, de la situación que vivimos en nuestras sociedades, en nuestros pueblos, en nuestros barrios. Desde el convencimiento de que ese encuentro con Dios se vive y comprende en los pobres, en quienes sufren, en todas las víctimas de nuestro mundo actual y desde la solidaridad con ellas, en el País Valenciano, en Euskal Herria...

Personas inquietas, muchos de nosotros y nosotras, ¿acaso no nos preguntamos también dónde está Dios en este mundo a la deriva, agitado por olas de barbarie, de guerras destructoras de pueblos, de conflictos y, sobre todo, de pobres cada día más numerosos y olvidados? ¿Qué hace este Dios ante el sufrimiento de tantas víctimas de la injusticia? ¿Ha desaparecido en una tierra oscurecida y contaminada? Resuena en nuestros oídos la desgarrada canción de Atahualpa Yupanqui:

Un día yo pregunté: abuelo ¿dónde está Dios?  
Mi abuelo se puso triste y nada respondió.  
Mi abuelo murió en los campos, sin rezo ni confesión.  
Y lo enterraron los indios, flauta de caña y tambor.

Ante tantas situaciones dolorosas, nuestras mismas comunidades de barrios populares ¿no nos sentimos también tentados de múltiples desalientos, dudas...? En nuestro mundo secularizado y laico ¿qué espacio queda para Dios como fuente y clave de sentido y de felicidad? Y hasta como creyentes nos asaltan preocupantes cuestiones ¿dónde está Dios en aquella Iglesia que condena, que censura, que olvida su memoria, que se aleja de quienes más sufren o pasa a su lado sin darse cuenta de quiénes están tirados por las cunetas de la vida?

Para quienes aquí estamos, Dios tiene un sentido. Es Alguien con quien podemos encontrarnos. ¿Dónde se da ese encuentro? ¿Cuáles son sus características? ¿Para qué ese encuentro, esa experiencia? Estas son, precisamente, los pasos de nuestra reflexión.

## **1. El encuentro con Dios en nuestro mundo**

Teniendo en cuenta las preguntas planteadas, parece ser que el encuentro con Dios es complejo o, al menos, resulta difícil, problemático y crítico en muchas circunstancias en lo que se refiere a los lugares donde Dios puede ser experimentado y sentido.

### **1.1. Crisis de la experiencia de Dios hoy**

Es algo muy repetido y constatado que se da una profunda crisis de Dios en nuestra cultura occidental. Es un rasgo distintivo de nuestra Época, insiste J.B. Metz. Pero crisis no significa desaparición y supresión. Quiere decir cambio y cuestionamiento radicales. Esta crisis se sitúa entre el diagnóstico de la "muerte de Dios", hasta formas nuevas y sorprendentes de su descubrimiento. Al mismo tiempo que muchos niegan o afirman a Dios, se fabrican innumerables dioses que acaparan la atención y la vida de numerosas personas: mercados que pretenden ser la única salvación de la humanidad; dioses económicos que generan pobrezas e injustas desigualdades cada día más extensas; Estados-imperio y multinacionales que dominan el mundo declarando guerras cuando y donde les conviene; desarrollismo que contamina la tierra; pensamiento único que anula culturas minoritarias y lenguas.

Por eso como advierte J. Sobrino, el problema hoy no es el ateísmo, sino estas idolatrías que generan nuevas y numerosas víctimas en todos los países, en especial a través de ese inmenso ídolo de la globalización neoliberal y de la satisfacción inmediata. En consecuencia, la crisis de Dios ha venido a convertirse en crisis de la humanidad.

### **1.2. Dónde y cómo está Dios hoy y aquí: lugares sociales y teológicos**

¿Es posible encontrarse con Dios en este mundo convulsionado? A lo largo de muchos siglos, en la llamada cristiandad, la Iglesia ha presentado el encuentro con Dios desde tres categorías y experiencias: el pecado y la culpabilidad que necesitan expiación y perdón; el ansia de asegurar la salvación individual y la preocupación de vivir en gracia de Dios cumpliendo la ley moral. Estas tres referencias y lugares han mantenido y alimentado experiencias de Dios centradas en el pecado y la culpa. Este encuentro con Dios conducía a la conversión moral, a la preocupación de "salvarme" cumpliendo sus mandamientos que garantizaban una vida en gracia de Dios. Todo ello bajo la tutela de la Iglesia que controlaba y decía qué se debía creer y practicar. Ella misma se declaraba el lugar fuera del cual no había salvación. De aquí a un imperialismo eclesiástico no había más que un paso. Y así ocurrió en ciertas formas de cristianización donde la Iglesia no dudó en aliarse con la espada para extender su peculiar comprensión de la evangelización. Otras religiones y confesiones también alentaban o se refugiaban en exclusivismos fundamentalistas. Hoy creo, sin embargo, que estamos ante una nueva aurora de Dios. Nunca se había reconocido de forma tan honesta que ese Dios está también en otras religiones y culturas. Nunca se había manifestado con tanta claridad un Dios liberador como lo manifiestan las

teologías de la liberación. Nunca se había reconocido que la paz vendrá del diálogo interreligioso. Nunca se había comprendido con tanta emoción y sentimiento el rostro materno de Dios como lo ha expresado la teología feminista. Nunca se había purificado tanto la imagen de Dios como en las críticas de la secularidad y de un mundo adulto, como escribió D. Bonhoeffer en sus cartas desde la cárcel, afirmando que nuestra relación con Dios, centro de nuestra vida, consiste en una nueva vida “para los demás”. Sobre todo nunca había aparecido tan claro el Dios de los pobres y del sufrimiento de las víctimas: “La Iglesia reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente... y sirve en ellos a Cristo” subrayó el concilio Vaticano II (LG 8). Este Dios nos encuentra en los lugares más insospechados de formas sorprendentes, creativas, transformadoras, subversivas, revolucionarias.

Y en esto consiste la original reflexión de las nuevas teologías de la liberación, políticas, feministas, ecológicas que son teologías correlacionadas, inspiradas por la experiencia solidaria con el sufrimiento de los sometidos y sometidas por ideologías patriarcales dominantes, por la tierra usurpada por los intereses de la producción para beneficio de unos pocos, por los pueblos oprimidos por estados dominantes, privados de sus derechos para decidir su destino en solidaridad con otros pueblos.

Por eso creo que vivimos en un momento histórico privilegiado en el que nos es dado descubrir o redescubrir con más evidencia que nunca el rostro de Dios que sale a nuestro encuentro en su más profunda solidaridad con las mujeres y hombres, desde su más hondo sufrimiento, para abrirnos a una nueva época, a un mundo diferente. Sólo nos hacen falta ojos para ver y corazón para sentir y amar.

### 1.3. La Iglesia, las religiones: encuentro con Dios desde el pluralismo religioso

¿Es la Iglesia un lugar de encuentro con Dios? La pregunta puede parecer ofensiva y fuera de lugar a algunos puesto que precisamente el citado concilio la definió como "sacramento, señal o instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1). Sin embargo todos sabemos y percibimos que esta Iglesia en determinados sectores es con frecuencia más obstáculo que signo para aproximarse a Dios. Por ello no es desacertado tratar de clarificar y concretar las características que hacen a la Iglesia ser sacramento del encuentro con Dios.

Para esto creo que la pregunta pertinente debe formularse en términos de búsqueda humilde y abierta: ¿Qué debe hacer la Iglesia para ser lugar del encuentro con Dios? La respuesta no parece tener dudas. Su misión es buscar el Reino de Dios, anunciarlo, realizarlo. Es su razón de ser. Pero para que esta convicción pueda llevarse a cabo de diversas formas y actitudes, es necesario que como Iglesia nos sintamos débiles y perdamos nuestra ancestral influencia y poder de la cristiandad. Que Dios no se imponga por decreto eclesiástico, sino que sea sentido y descubierto desde otros lugares, en una Iglesia de la base, sencilla, humilde, en búsqueda, sin complejos de superioridad. Y esta Iglesia está hoy patente entre nosotros en nuestros barrios, pueblos, pequeñas comunidades. Muchos hombres y mujeres la sienten y la viven desde el reconocimiento de que el Reino de Dios no es propiedad privada de la Iglesia, ni de nadie. Se hace presente y emerge en múltiples lugares religiosos,

sociales, culturales, populares. Su expresión no puede quedar codificada en fórmulas anquilosadas y rígidas. Dios y su Reino son infinitamente amplios y quien no conoce más que el Reino de Dios tal como lo presenta la Iglesia no conoce ni el Reino ni a la Iglesia, subraya J.B. Metz. Dios es mayor que todas las religiones e iglesias. Ninguna puede excluir a otra; tampoco incluirla en un falso sincretismo. Sólo el pluralismo dialogante, el mutuo aprendizaje e intercomunicación nos pueden aproximar a un permanente y cada vez más profundo encuentro con Dios.

Esta disposición inicial descubierta y propuesta por el Vaticano II, desarrollada y subrayada por la teología del pluralismo religioso requiere un denominador común. Una base de relación ecuménica consistente y fiel que no puede venir simplemente de la confrontación doctrinal o de argumentos de legitimidad histórica y de autoridad. La autoridad de la Iglesia y de las religiones serán creíbles y convincentes cuando presenten su mensaje de solidaridad y actúen desde la compasión y misericordia. El auténtico ecumenismo es el ecumenismo de la compasión. Sólo una Iglesia compasiva, religiones compasivas son lugares del encuentro con Dios.

#### 1.4. Experimentar el encuentro con Dios en un mundo sufriente

El encuentro con Dios en nuestro mundo debe venir, por tanto, desde la compasión compartida con un mundo sufriente. Descubrir el dolor de la humanidad, vivir la misericordia, interpretar su sufrimiento y denunciar sus causas, y luchar por su erradicación es el dinamismo básico, el lugar fundamental del auténtico encuentro con Dios, la experiencia mística por antonomasia. Precisamente las teologías de la liberación son teologías del sufrimiento y de la misericordia, recalca J. Sobrino, y ve en los pobres, en su sufrimiento y en sus luchas, la autoridad que guía su verdad y su encuentro con Dios. Las nuevas teologías políticas y de la esperanza, según J. Moltmann, parten de la universalidad del sufrimiento. Las teologías feministas expresan, con toda la fuerza que nace de la mujer que sufre en un mundo dominado por varones donde ellas son las más dominadas y empobrecidas, la fuerza del amor sufriente para resistir y crear nueva vida.

Si Dios es el Dios de la vida, como resalta G. Gutiérrez, la vida es el único lugar del encuentro con Dios. Y la vida es la tierra donde florece la variedad de místicas, como subraya J. Comblin, porque hay diversidad de vidas, de sufrimientos, de búsquedas, de liberaciones.

No cualquier vida, por tanto, sino la vida auténtica que nace y se anuncia en el clamor de los pobres, de las víctimas de tantas opresiones. En la vida de los pobres Dios nos sale al encuentro de forma evidente para quien quiere ser honesto y fiel (J. Sobrino), para quien quiere ver con los ojos misericordiosos de Dios. En consecuencia, ante la pregunta inicial de si podemos hoy encontrar a Dios en nuestro mundo, la respuesta es diáfana y clara. Está en la mirada, en los rostros, en el caminar de quienes sufren el dolor de un mundo sin corazón. Está en definitiva en la vida sentida, solidaria, que llora y sufre, que canta y goza. Sólo nos falta reconocerle, como Sto. Tomás, pero ahora en las manos crucificadas por las nuevas esclavitudes del mundo, en el corazón traspasado por las lanzas de la opresión asesina de un mundo sin corazón y exclamar: ¡Señor mío y Dios mío!

## 2. La fuerza (Espíritu) del encuentro con Dios

Hemos presentado y comprobado dónde, en qué lugares Dios nos sale al encuentro, dónde experimentamos su cercanía, su presencia viva. Pero ¿cómo es el encuentro con Dios en un mundo sufriente? ¿Cuáles son sus características, sus signos?

La respuesta a estas preguntas es fundamental y decisiva para saber el estilo, la forma, el Espíritu con el que Dios se nos comunica, nos encuentra y nos encontramos con Él. Más aún teniendo en cuenta que hoy y siempre ha habido muchas y diversas maneras y propuestas que pretendían garantizar la autenticidad de esa experiencia.

## 2.1. Experiencias bíblicas del encuentro con Dios

Para dar una respuesta fiel a esta importante y decisiva cuestión recurrimos a las experiencias bíblicas que nos muestran de qué forma personas significativas en la historia de la salvación se han encontrado con Dios. Podemos decir que toda la Biblia es la historia de encuentros y desencuentros con Dios, fidelidades e infidelidades, seguimientos y huidas. Me refiero a algunas de ellas que fueron decisivas.

Con Abraham Yahvé establece una peculiar relación. Dios le salió al encuentro y le invitó a dejar la tierra donde estaba establecido para darle una tierra fecunda y ser padre de un gran pueblo (Gen 12,7; 16,10) en donde todos los pueblos serán bendecidos (Gen 17,5; 22,18). Yahvé dijo a Abraham: "Vete de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre que servirá de bendición..."(Gn 12,1) Fue un arameo errante (Dt 26,5) y en medio de conflictos, de dudas, de sufrimientos y búsquedas, Abraham, siempre fiel a Dios, cumple su voluntad caminando hacia la tierra prometida. El encuentro con Dios transforma totalmente la vida de Abraham abriéndole a una experiencia amplia y universal de solidaridad y salvación de todos los pueblos.

Moisés era un fugitivo que pertenecía a un pueblo oprimido bajo el yugo de la esclavitud egipcia (Ex 1,8-22). Sufre con su pueblo y oye la llamada de Dios que le sale misteriosamente al encuentro. Dios ve la opresión de su pueblo y le llama para ser su liberador. En medio de dudas y vacilaciones, Moisés sigue la llamada que nace de su encuentro con Dios y libera a su pueblo en primer lugar del faraón y luego, en su caminar por el desierto, de la añoranza de los dioses de la esclavitud para hacer de aquel pueblo de dura cerviz, el pueblo de Yahvé. El encuentro con Dios es fuerza solidaria con el pueblo oprimido para conducirlo a su liberación.

Los profetas de Israel ofrecen una importante y peculiar experiencia de encuentro con Dios. De formas diversas y llamativas Yahvé establece con cada uno de ellos una relación profunda que comienza con una vocación o llamada. En medio de resistencias, crisis, dudas (Jeremías), y siempre con dificultades y oposiciones, persecuciones y múltiples sufrimientos, los profetas responden a su difícil y costosa vocación ante el pueblo y sus dirigentes. Proclaman la justicia de Yahvé en una sociedad injusta, rechazando los falsos cultos, las idolatrías, las tentaciones imperialistas de pueblos opresores, defendiendo a los pobres y anunciando la esperanza que se realizará plenamente en el Siervo sufriente de Yahvé. El profundo y decisivo mensaje de los profetas de Israel nace de su encuentro radical con Dios y conducen al pueblo a ese mismo encuentro de fidelidad y liberación y de auténtico culto y paz en la justicia.

En definitiva, el encuentro con Dios a través de la experiencia del Antiguo Testamento abre a una definitiva esperanza revelada, a una promesa de liberación, de alianza y de justicia y

comunica una fuerza inesperada, audacia y resistencia para realizarlas. Este encuentro exige fidelidad. Es un caminar permanente y una renuncia. Está al servicio de los pobres.

Solamente desde esa realidad se puede comprender la esperanza de Dios.

El canto del "Magnificat", expresa con definitiva intensidad femenina, en la línea de las grandes mujeres del Antiguo Testamento, la transformación liberadora del encuentro con Dios que ha visitado a su esclava y ha hecho grandes cosas con poder inusitado realizando su Promesa por medio de los humildes como había prometido a sus padres (Lc 1,46-55).

## 2.2. Jesús de Nazaret, movido por la "fuerza del Espíritu": el Reino de Dios

Sabemos que el encuentro definitivo de Dios con la humanidad se dio en Jesús de Nazaret quien proclama: "El Espíritu de Dios está sobre mí". Su primera mirada desde la fuerza del Espíritu de Dios son los pobres, los cautivos, los oprimidos, los ciegos (Lc 4,16-18). Todo comienza con la compasión liberadora. Jesús fue fiel a este encuentro a lo largo de toda su vida. Como recalca Metz, esta primera mirada de Jesús no se dirige al pecado, sino al sufrimiento de los otros. Para Jesús el primer pecado consiste en la insensibilidad, en la renuncia a participar en el sufrimiento de los otros. Lo mostró en la parábola del samaritano. En Jesús se revela el corazón de Dios, que se encuentra, se acerca, vive, está en quienes sufren, son aplastados, abandonados.

Pero sabemos desde el evangelio que todo no acaba en esa definitiva compasión que llega hasta los límites más insospechados. O, mejor dicho, la compasión misericordiosa de Jesús implica un decisivo impulso liberador: Movido por la fuerza del Espíritu, Jesús proclama y realiza con gestos y palabras el Reino cuya radicalidad se manifiesta en que es para los pobres, es decir, para los más desgraciados y oprimidos, para los más alejados de las esperanzas puramente humanas como expresan las Bienaventuranzas. Jesús realiza su esperanza anunciada en signos que la hacen creíble: sus milagros (signos contra el sufrimiento), la expulsión de demonios que aniquilan la esperanza, el perdón, acogida, reconciliación de los pecadores como un encuentro de misericordia.

La cruz es la suprema manifestación de la esperanza de Jesús. Hasta su muerte, Jesús había anunciado y practicado signos de esperanza. En la cruz Jesús se hace esperanza que adquiere un nombre concreto e histórico: este hombre ahí crucificado. Jesús en la cruz se hace esperanza de salvación. El abandono de la cruz no fue una falta de esperanza sino su prueba definitiva ("Padre en tus manos..."). Por eso en la cruz de Jesús se reconoce y resucita la esperanza de los pueblos crucificados, como subraya Sobrino. En ellos, desde ellos, Dios sale definitivamente al encuentro de la humanidad.

## 2.3. Signos del encuentro con Dios-Trinidad en los pueblos crucificados

La experiencia de Jesús nos conduce al encuentro con Dios, íntimamente relacionado en tres Personas, de las cuales una se ha hecho uno de nosotros y ha compartido hasta el final el sufrimiento, el dolor, la misericordia, el clamor por la liberación. Ese Dios de Jesús, Padre, Hijo, Espíritu es el Dios de los pobres, de las víctimas. Es un Dios sufriente insisten con audacia Moltmann, Sobrino, las teologías feministas. Es un Dios compasivo, misericordioso, íntimamente tierno: "Abba". La solidaridad de Dios con el mundo sufriente es absoluta en su Hijo con el dolor humano y en esa experiencia vivida hasta el límite muestra su omnipotencia, no desde la lejanía de un poder impasible de dominio, como un

monarca absoluto y distante, sino en un amor de madre, amiga, amante, insiste la teóloga S. Mc Fague, que todo lo puede en una compasión infinita y transformadora que penetra en el dolor del mundo y desde ahí libera y sana de manera inefable.

Nadie había podido imaginar que el misterio más hondo de Dios se podía revelar y manifestar en la cruz de esta manera. Su radical trascendencia se expresa en una inmanencia profunda y misteriosa. Dios está ahí, en su Hijo crucificado, precisamente cuando todo parecía perdido y muerto. Ese Dios "menor", que se revela a los más humildes y en los lugares más desechados, en el escándalo de la cruz, ese Dios subversivo del orden "religioso" de la humanidad pensada y ordenada por hombres, es el Dios "mayor", trascendente, totalmente liberador. ¿Se podía haber pensado otra forma más sorprendente de comunicarse a la humanidad que ésta?

Ninguna religión lo había imaginado. Dios Trinidad no sólo es un misterio en sí mismo sino también en la forma que en que se comunica a la humanidad. ¿No hay en este Dios una completa novedad, llena de esperanza, de gozo, de libertad y de justicia? Si Dios es así y se comunica de esta manera en las personas y en los pueblos crucificados, todo no acaba en la crucifixión, en el dolor, en el sufrimiento, sino en la salvación, en la resurrección de todo lo auténticamente humano descubierto por Jesús y condensado en su misericordia liberadora. La última palabra desde Dios Trinidad no es muerte sino vida, es decir, amor, porque "Dios es amor" (Benedicto XVI).

En consecuencia no es verdadero un encuentro con Dios que no lleve a la compasión y la misericordia con los que sufren, con los pobres, con las víctimas. Pero si Dios sufre con todas las víctimas del mundo, el sufrimiento no puede ser lo definitivo. Porque Dios es Dios, lo único definitivo es la felicidad, el gozo, la libertad, la victoria sobre toda maldad. No sólo en la otra dimensión, sino ya aquí, históricamente. Encontrarse con Dios en los pueblos crucificados es fuerza y valor para luchar contra todo sufrimiento, por la libertad, por la solidaridad, por bajar a todos de las cruces de la injusticia. El Espíritu Santo está, como recuerda J. Comblin, en el origen liberador del clamor de los pobres.

#### 2.4. La experiencia mística del encuentro con Dios: compasión liberadora

El encuentro con Dios es un encuentro místico. Se le puede conocer o aproximarse a Él desde la filosofía, desde la cultura, sin duda... Pero el encuentro con Dios siempre será un misterio de amor, siempre será místico.

La teología feminista ha penetrado con particular intuición en lo que significa esta experiencia superando los estereotipos masculinos de Dios, generadores de dominio de género, que han reducido el encuentro con Dios a afirmaciones dogmáticas e imposiciones. Desde la larga experiencia de un patriarcado que subordina a las mujeres, nace la lucha por la liberación en la afirmación de su propia identidad femenina. Esa experiencia de múltiples opresiones sufridas por las mujeres en un mundo dominado por varones es el centro de su reflexión teológica, subraya E. Schüssler Fiorenza.

La teología feminista, muestra Isabel Gómez Acebo, reacciona críticamente y denuncia la idolatría que supone hablar de una experiencia de Dios en términos exclusivamente masculinos que justifican la dominación y el poder del varón e impiden una auténtica experiencia mística. En consecuencia, relaciona inseparablemente las metáforas padre-madre, para referirse a Dios. Jesucristo es Divina Sabiduría, paradigma inclusivo de toda la humanidad sin discriminaciones. El Espíritu es la Ruah, figura femenina, vivificadora

relación amorosa con todo lo creado. Es la fuerza del encuentro con Dios. Un Dios cuya trascendencia está en lo más profundo de los seres humanos, en su sufrimiento y amor. Este acercamiento a la Sabiduría se relaciona íntimamente en la mística feminista con un orden justo, recuerda la teóloga mexicana M. P. Aquino, y nutre la humanidad rodeándola de experiencias de compasión, de misericordia, de amor y de esperanza.

Estas místicas feministas de la Sabiduría son vistas como peligrosas por los de los poderes quiriarcales, censuradas y perseguidas; pero ellas mismas nos dan la fuerza para seguir imaginando, resistiendo, luchando por un mundo nuevo desde el Poder transformador de la Sabiduría.

Comprendemos así que el cristiano será místico o no será. Con una mística de la compasión, profundamente femenina, que no se pierde en sentimentalismos, ni es una vaga simpatía lejana, sino que lleva a la "compassio" (sufrir con, como la madre con el hijo/a). Que no es sólo válida para el ámbito privado, sino que incide en la vida pública, política y se hace subversiva, como subraya Metz, porque cuanto más nos aproximamos místicamente al Dios que sufre, más se hacen revolucionarios el clamor y la praxis liberadora del creyente. En un mundo sin compasión, globalizador del sufrimiento de millones de hombres y mujeres, el siglo XXI o será místico o no será humano, recuerda Casaldáliga; sin una profunda mística no hay salvación, afirma J. Comblin.

Desde esta experiencia mística, con los pies en la tierra, la oración adquiere todo su sentido como escucha del Dios que sufre, como clamor de la compasión liberadora en la fuerza Espíritu que se manifiesta en el abandono de tantas cruces y en la esperanza de que, en última instancia, nuestro espíritu está en manos de Dios.

### **3. Transformación liberadora y revolución subversiva**

El famoso libro de J. Moltmann, "El Dios crucificado", concluye afirmando la "praesentia explosiva" del Dios sufriente en la cruz. El encuentro con el Dios de Jesús es fuerza, energía, ímpetu, audacia para la liberación. Nada hay más transformador, subversivo y revolucionario que un Dios crucificado. Espíritu y Reino de Dios son inseparables. ¿No fue así el anuncio de Jesús en sus comienzos?: "Me ha enviado a liberar a los oprimidos" (Lc 4,18) Pero ¿en qué sentido y cómo?

#### **3.1. Ante las falsas imágenes conservadoras y paralizantes del encuentro con Dios: honestidad y fidelidad con el sufrimiento de las víctimas**

Los llamados maestros de la sospecha (Fuerbach, Marx, Freud, Nietzsche...) ya denunciaron la religión como opio del pueblo, y a los dioses como paralizantes y alienadores, puras ilusiones de personalidades neuróticas o incapaces de asumir su propia responsabilidad. Ciertamente los falsos dioses siempre se han mantenido al margen de los conflictos de los humanos y ausentes de sus sufrimientos, cuando no se han convertido, según la desgarrada denuncia de J. Saramago, "en el *'factor Dios'*, el que se exhibe en los billetes de dólar y se muestra en los carteles que piden para América (la de Estados Unidos, no la otra...) la bendición divina... el que después de presumir de haber hecho de la bestia un hombre acabó por hacer del hombre una bestia".

Sin embargo, el Dios de Jesús en la cruz no es un Dios ausente, resignado o alienador. Todo lo contrario. Dios asume hasta sus últimas consecuencias el sufrimiento de las víctimas. La

cruz es expresión definitiva de hasta dónde Dios se compromete con todas las cruces. Ahí nace ante todo una compasión liberadora, un amor definitivamente salvador cuyo resultado será la resurrección de Jesús. Para ello la primera mirada de Dios es el sufrimiento de su pueblo (Ex 3,7). Ser honestos con Dios, asumir el encuentro auténtico con Él, es una exigencia ineludible de honradez con la realidad, nos conduce a una mirada profunda al sufrimiento humano en nuestro mundo. Y ahí nace también la exigencia de fidelidad compasiva a esa realidad.

De aquí, como indica Metz, se deriva la autoridad de los que sufren y recuerda con Adorno que es preciso asumir la necesidad de dejar que el sufrimiento hable con elocuencia como condición de toda verdad. En quienes sufren se manifiesta la autoridad de Dios. La única autoridad "débil" que puede ser universal en ese mundo globalizado y, por tanto, la garantía del encuentro verdadero con Él. Porque la cruz de Cristo y las cruces del mundo, están interrelacionadas en Dios; no se puede mirar a una sin ver las otras en todas sus expresiones. Cuanto más profundamente encontramos a Dios más nos capacitamos para descubrir y ser sensibles a las cruces del mundo. Y cuanto más percibimos y miramos con honestidad compasiva las cruces del mundo más nos abrimos al encuentro con Dios. Desde esa experiencia nadie puede ser ajeno a su prójimo que sufre, según la parábola del samaritano y, en consecuencia, solamente conoce y encuentra a Dios quien practica la justicia, quien carga con el sufrimiento y se encarga del dolor de quienes soportan la injusticia, como insistía Ignacio Ellacuría. Porque sin compasión no hay auténtica liberación. Sólo quienes sufren con las víctimas pueden ser solidarios en su liberación.

### 3.2. Pasión por el Reino de Dios en un mundo globalmente crucificado: Mediaciones revolucionarias

La mirada de Jesús, apasionado por el Reino de Dios, es profundamente compasiva, solidaria, liberadora, subversiva, revolucionaria. Y así es la mirada de Dios que provoca y desencadena en nuestro mundo roto y quebrado por el dolor de tantas personas inocentes lo que J. Sobrino denomina "teo-praxis". Es decir, un amor decisivamente eficaz, lleno de divina indignación ante el sufrimiento de los pobres y exigencia de una justicia que parte desde las mismas víctimas, desde lo más hondo de su dolor impulsándolas a la liberación. Conduce a la transformación radical de las personas, de las estructuras, de la misma historia de forma que la historia definitiva ya no es la de los vencedores sino de los vencidos, quienes subvierten la historia, como recalca G. Gutiérrez, desde la memoria del sufrimiento.

La teología feminista es particularmente sensible ante la idolatría de una sociedad consumista, neoliberal en todas sus formas políticas, sociales, culturales, patriarcales, eclesiológicas y reclama impulsada por el Espíritu-Sofía la supresión de toda estructura de dominación, desde la defensa de los derechos humanos en la solidaridad compasiva. Como afirma M. P. Aquino, la fe en Dios significa un compromiso por transformar las situaciones de los que sufren. El Dios de la vida, subraya M. Grey, se convierte en el Dios de la transformación de la sociedad y de todo poder opresor.

Estamos, por tanto, ante una auténtica revolución, ante una subversión del orden establecido, de sus estructuras generadoras y globalizadoras del dolor de tantas víctimas. En esta revolución la voz que se escucha no es la de los vencedores y poseedores del poder y de la riqueza, sino la voz del sufrimiento, como en el Éxodo. Desde aquí cambia también el

discurso teológico. La solidaridad con las víctimas no es sólo una consecuencia sectorial, parcial y ética, sino que el fundamento de toda teología tiene su origen en esa experiencia humana universal, histórica y actual. Esa reflexión sobre Dios se hace entonces, como subraya Metz, "recuerdo peligroso", protesta y transformación.

El encuentro con Dios desenmascara olvidos interesados a favor de unos contra otros. Pone en evidencia las cegueras conscientes de quienes no ven o no quieren mirar lo que han sido las injusticias históricas y la memoria del sufrimiento. Ignorar los procesos de los conflictos vividos y sufridos en los pueblos, afirmar que su memoria es estéril o ahonda heridas, recordarla con parcialidad, imponer ideologías del olvido es faltar a un elemental mandamiento humano y, por tanto, religioso: el reconocimiento honesto de todas las violencias, represiones, injusticias que se han cometido en el tiempo y hoy continúan, entre otras razones, porque muchos se oponen a afrontar sus raíces y causas.

Pero sobre todo el Dios de Jesús, que reconoce la dignidad íntegra de todas las víctimas sin exclusiones, nos propone la única actitud capaz de superar –no de olvidar– posiciones enfrentadas: llegar desde el diálogo y el mutuo reconocimiento al encuentro reconciliador que conduzca a una auténtica humanización. Esta reconciliación es compleja. Jon Sobrino la denomina "cara", es decir costosa porque las raíces del conflicto también son profundas y nada se opone más a una verdadera reconciliación que la frivolidad y superficialidad que huye de las causas y evita afrontar esa nueva relación en todas sus dimensiones y exigencias. Se opone a la espiral de condenas y descalificaciones, a la intransigencia y mantenimiento a ultranza de ordenamientos jurídicos y leyes que reducen al silencio a una de las partes e imponen un único modelo sociopolítico en una democracia a su medida donde no cabe la libre decisión de los pueblos, derecho ético básico, recuerda J.M. Setién, para lograr la paz en la justicia.

La fuerza del encuentro con Dios impulsa a la acción comprometida, a la transformación de personas y estructuras que hagan posible la justicia y la auténtica reconciliación. Por eso, desde ese encuentro aprendemos a reconocer los esfuerzos liberadores de tantas personas contra la injusta desigualdad económica; la defensa de la tierra contra agresiones nucleares, contra todo lo que contamina el ambiente y empobrece la casa de todos; las reivindicaciones por un pueblo libre, dueño de su destino, como derecho fundamental humano y democrático en solidaridad y respeto con otros pueblos; la misericordia solidaria con las víctimas de todas violencias; el compromiso por conseguir el respeto de los derechos humanos de presos y presas; el reconocimiento de la identidad de los pueblos, de su lengua y cultura.

Pero probablemente el acto más costoso y límite, pero al mismo tiempo el más cristiano y humanizador consiste en el perdón. Ahí nace una radical liberación personal e interpersonal. Este perdón no es olvido y menos aún renuncia a la verdad, sino mano tendida, corazón abierto, acercamiento sincero, tal como Jesús lo hizo. En el mutuo perdón dado y aceptado está la última expresión humana y cristiana de reconciliación desde la verdad y la justicia, el reconocimiento de los derechos.

Diálogo, perdón, reconciliación son claves liberadoras, humanizadoras, revolucionarias en medio de las profundas e injustas divisiones políticas. Y por ello tienen una decisiva connotación religiosa y fueron fundamentales en la praxis de Jesús y en su evangelio. Nos descubren el auténtico rostro de Dios en el cristianismo y en otras religiones, fuera del cual todos los demás dioses se reducen a ídolos destructores y deshumanizadores. Sólo el Dios

de la misericordia y del perdón, de la amnistía es la razón y motivación de un mundo diferente, de una humanidad liberada.

No hay duda que esta transformación implica un cambio revolucionario, una subversión social y estructural que va más allá de un simple progreso neoliberal. La revolución a la que nos conduce el encuentro con Dios es una radical alteración del orden establecido donde los últimos son los primeros y los poderosos, los últimos, tal como lo expresa el "magnificat". Comienza en sus mismas mediaciones. La omnipotencia del Dios que se comunica a las personas no se expresa en gestos dominantes, formas avasalladoras, mediaciones impositivas; sino en signos débiles, humildes, sencillos, pobres y serviciales. Donde parece que nada puede cambiar, allí se opera la transformación más radical. Por eso son auténticamente subversivos. Es más, Dios no cambia ni las personas ni las situaciones por sí solo. Ofrece sus mediaciones revolucionarias y subversivas:

- en sus características más débiles: desde las gentes humildes y sencillas
- en las personas sujetos de la transformación revolucionaria: los pobres
- en las formas: no violentas, dialogantes, negociadoras, solidarias
- en los métodos: no impositivos, sino participativos, femeninos-masculinos
- en los lugares: las víctimas, las mujeres humilladas, los pueblos crucificados

Esta revolución no queda, por tanto, encerrada en la interioridad. Abre todos los horizontes de la humanidad: interculturales, interreligiosos, éticos, utópicos, anamnéticos, simbólicos, político-económicos ecológicos. Denuncia las falsas democracias impulsadas por dictados del imperio y propone luchar por democracias auténticas estructuradas desde la pasión del pobre como indican F. Wilfred, J. Sobrino, J. Comblin. Se trata de una revolución universal, originada en Jesucristo y dinamizada por el permanente encuentro con Dios en la historia de la humanidad.

### 3.3. Transformación de la Iglesia desde su fidelidad al encuentro con Dios

Si la Iglesia es coherente con su identidad que consiste en anunciar el Reino de Dios y realizarlo, si es fiel a su encuentro con Dios, sacramento de la unión con Dios, como la define el Vaticano II, si comparte gozos y esperanzas, tristezas y angustias, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren en este mundo secularizado, globalizado, ella también debe transformarse, regenerarse. ¿Cómo realizar una Iglesia de la compasión, de la misericordia, fiel a Dios desde los signos de los tiempos de los pobres?

Si la Iglesia quiere renovarse para servir al mundo de hoy y ser no sólo "experta en humanidad", como afirmó Pablo VI, sino samaritana y misericordiosa como insistía Juan Pablo II y repite Benedicto XVI, su testimonio y su organización institucional deberán también hacerse cercanos y creíbles para la nueva sensibilidad de nuestro mundo. En unos tiempos de violentos y globalizados atropellos contra lo humano donde personas, pueblos, culturas y movimientos sociales son tan sensibles ante todo lo que sea o aparezca como inhumano, no se tolera la más mínima agresión a la dignidad humanas y menos aún en nombre de cualquier religión. La humanización de Dios en Cristo adquiere hoy un sentido renovado y conduce a un trabajo liberador junto a quienes están marginados y sufren las consecuencias de la injusticia. Pero a sabiendas de que esta fe en la encarnación debe testimoniarse también en la humanización de la misma Iglesia, de sus instituciones y personas, de su moral y su espiritualidad, en su presencia comprometida y arriesgada en la

búsqueda de la justicia en la sociedad y en sus relaciones críticas con los poderes destructores de la convivencia humana.

En consecuencia, la pregunta eclesiológica básica consiste en saber si la Iglesia será capaz de renovarse para afrontar los desafíos actuales, si escuchará la voz de los pobres en los pueblos donde vive desde actitudes samaritanas (Lc 10,25-37). O preferirá encerrarse en sus templos y en su culto manteniendo sus viejas estructuras, pasando de largo ante los marginados y excluidos para preservar también su seguridad en la sociedad del riesgo.

La teología feminista tiene un sueño: una Iglesia, signo universal, de relaciones de igualdad, fluidas, libres, circulares y cálidas, basadas en la cooperación, en la común responsabilidad y que acepta la diferencia como fuente de vida y energía. Una comunidad de iguales, símbolo de la Trinidad, participativa, que va más allá de las devaluadas democracias políticas y se hace pueblo de Dios. Un "discipulado de iguales", con la misma dignidad y las mismas posibilidades para varones y mujeres, reclaman E. Schüssler y M. Navarro. Esto es más que una reivindicación eclesial. Es una denuncia urgente cuando a las mujeres cristianas se les niega la plena ciudadanía eclesial, como denuncia M. Pintos, a pesar de que las bases exegéticas, teológicas e históricas están ya adquiridas. La mujer en la Iglesia es una asignatura pendiente, recuerda M. J. Arana.

Para hacer realidad ese sueño, muchas voces piden un nuevo concilio porque el Vaticano II ha quedado incompleto e incumplido. Pero para que sea nuevo no sólo por sus contenidos sino también por sus formas, todo el pueblo de Dios debe tomar parte y, ante todo, los pobres. Necesitamos un concilio de la misericordia en mundo sufriente con solidaridad auténtica y convincente y ecuménica con todas las víctimas. Así caminaremos hacia una iglesia que como subrayaban en uno de sus proféticos manifiestos el *grup de Rectors del Dissabte* sea *evangèlic, lliure i servicial per a la salvació-alliberament del món cap al regne de Déu... present sempre al món com a signe clar de l'amor infinit i alliberador de Déu a totes i cada una de les persones, especialment a les més empobrides, filles predilectes de Déu i siga així signe de fraternitat universal* (LG 1).

#### 3.4. Desde la compasión, con esperanza liberadora, alegría celebrativa, amor apasionado, reconciliador, definitivo

Las voces de las mujeres, y en concreto la de Ibone Gebara, y con ella las de las teólogas de la liberación proponen una transformación liberadora que proviene de las "otras", es decir, que nace en las mujeres pobres que viven y sufren, ellas y ellos, en el nordeste brasileño, a lo largo y ancho del mundo, en las mujeres organizadas en movimientos sociales, en mujeres religiosas que trabajan en medios coordinados, movidas por la fuerza del Espíritu de Dios. Que esté gestada en un embarazo de riesgo, alimentado sin tiempo previsto para el nacimiento, con espera y ansiedad de nuevas formas de esperanza en gestación, que aún, reconoce la citada teóloga brasileña, no sabemos ni balbucear. Pero están envueltas en amistad, cariño, solidaridad entre las personas, esperando con alegría y celebración gozosa el nuevo día que va a llegar por medio de muchas manos apretándose mutuamente, soñando con un mundo mejor donde florezcan plantas verdes y frágiles en los lugares más remotos de la tierra fecundadas por un amor apasionado que brota del encuentro creativo y liberador con Dios.

Sabiduría, creación, lucha que, como afirma M. Navarro, se relacionan profundamente desde la experiencia creyente feminista, donde la espiritualidad maleable y plástica de las mujeres se hace subversiva en su mansedumbre.

Este encuentro con la Sabiduría divina compasiva se relaciona íntimamente con un orden justo, recuerda M. P. Aquino. Nutre la humanidad, la abraza en la compasión, en la misericordia, en el amor y en la esperanza experimentadas por todas las personas que, desde su experiencia de marginación y exclusión, alzan su voz, expresan su reflexión, realizan con la fuerza del Espíritu acciones liberadoras.

**Conclusión:** El Reino de Dios, paradigma transformador y revolucionario del encuentro con Dios en la historia, en la pasión de la humanidad

El encuentro con Dios en nuestro mundo nos descubre la fuerza de su Reino, que está entre nosotros y sostiene la esperanza, alentando sus signos proféticos y solidarios en los pobres. Allí donde la globalización niega toda esperanza, el Reino de Dios es hoy la fuerza de la esperanza última y definitiva, de la justicia. Promueve cada día el esfuerzo y empeño por un mundo justo, solidario y en paz, la lucha apasionada por la humanidad, por otro mundo posible de pueblos libres, solidarios, hijos e hijas de un Padre-Madre común, guiados por la Sabiduría del amor, fortalecidos con la fuerza del Espíritu-Ruah.

Es el mensaje definitivo de la resurrección de Jesús:

Creure en l'encontre amb Jesús ressuscitat, Creure en la Resurrecció vol dir ajuntar-nos a la protesta de Déu contra la història pecadora dels qui ofeguen, turmenten i maten els seus fills i filles. Creure en la Resurrecció implica apassionar-se ja, ara i ací, per la justícia interhumana perquè tothom visca una vida nova, una vida digna del ser humà, com ens convidava la Parròquia Maria Immaculada (de Vera-la Carrasca) amb motiu de la Pasqua.

Ser·el signe del nostre encontre amb Déu que des de la compassió alliberadora amb les empobrits del món i de cada un dels nostres pobles ens espanta a un món diferent, a una Església renovada, amb la força transformadora i revolucionària del seu Esperit com a persones lliures, responsables i esperançades, testimonis de la presència del Regne de Déu. Moltes gràcies.

---

## Referencias bibliográficas

- Iglesia Viva "¿Dónde se encuentra Dios?", n° 223 (2005).  
Concilium "Cristianismo y democracia", (2007).  
Dietrich Bonhoeffer, *Resistencia y sumisión*, Barcelona 1971.  
Elizabeth A. Johnson, *Ella es el misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, Barcelona 2002.  
Gustavo Gutiérrez, *El Dios de la vida*, Lima 1989.  
Johann B. Metz, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Santander 2007.  
Jon Sobrino, *El principio misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*. Santander 1992.  
José Comblin, *El Espíritu Santo y la liberación*, Madrid 1987..  
José María Setién, *Dios: Política-paz. Obras completas I*, San Sebastián 1998.  
José María Vigil, *Teología del Pluralismo Religioso*, Córdoba, 2007.  
Jürgen Moltmann, *El Dios crucificado*. Salamanca 1975.  
Elisabeth Moltmann-Wendel, Jürgen Moltmann, *Pasión por Dios*. Santander 2007.

Elisabeth Schüssler Fiorenza, M<sup>TM</sup> Pilar Aquino (edras.), "El poder de la sabiduría: espiritualidades feministas en lucha", *Concilium* 288 (2000).